

# EL LUGAR DE LA PSICOLOGIA EN LA EDUCACION

por J. Pérez González

**T**odavía no están muy lejos los tiempos en que podíamos oír frases como éstas "quién bien te quiere, te hará llorar", "la letra con sangre entra". Lo que, en el fondo, se defendía era la justificación de toda suerte de castigos y represiones, que han caracterizado a la mayor parte de nuestra historia educativa. Aún hoy no es infrecuente escuchar a muchos padres y madres en afirmaciones que quieren justificar los poco procedentes modos de tratar a sus hijos: se alude a que son muy pequeños y por esta misma razón deben aguantar cuanto quieran los padres; a veces se los trata sin ninguna consideración y si preguntamos a los padres del porqué de ese poco correcto trato, hasta se nos dice que "cuando sean padres comerán huevos", "los hijos sólo deben obedecer". Así, digamos, han estado las cosas, y están en alguna medida en la mente de muchos padres, que aún no han tenido, quizás, la oportunidad de llegar al conocimiento de los descubrimientos hechos en los últimos tiempos por la Psicología y la Pedagogía.

Otro tanto cabe decir de cómo se ha entendido el papel del niño en la educación, en su asistencia al aula. Cualquier lector que eche la vista atrás y se recuerde como escolar podrá comprobar el radical cambio operado en la relación profesor - alumno desde entonces. No por mala voluntad, en

el pasado se pensaba que el castigo tenía grandes posibilidades educativas. Hasta en la Biblia lo encontramos. La misión esencial del alumno, al igual que ocurría con el hijo en la familia, era la de obedecer. A veces se nos decía a los niños que nuestro papel consistía en "ver, oír y callar".

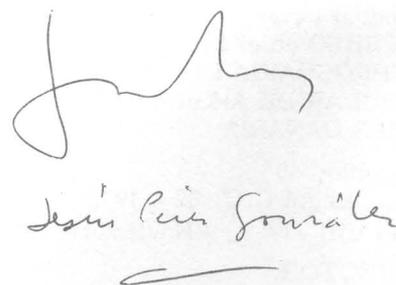
Esta breve caracterización de lo que ocurría al niño tanto en la familia como en la escuela, no hace mucho tiempo (incluso hoy hay algunos padres y pocos profesores que creen en la educación represiva) contrasta con las ideas que son usuales ahora en el modo de entender al niño. Hace unos días, unos padres me pedían orientación sobre cierto asunto educativo de su hijo; en un momento de nuestra entrevista, los padres afirmaron que, naturalmente, debían contar con la decisión del hijo, la que estimaban insustituible.

Es cierto que mucho han cambiado las cosas. Hasta el punto de que hoy tenemos un documento llamado Derechos del Niño.

¿A qué se debe que haya experimentado tal cambio la situación del niño? Son varias las causas. Fundamentalmente, a los hallazgos de la Psicología, ciencia muy joven. ¿Y cómo ha podido la Psicología demostrar que los modos usuales de educar en el pasado no eran adecuados? Hay mucha investigación acumulada sobre los efectos que las situaciones desagradables, represivas, provocan en la personalidad del niño. Existe hoy la evidencia de que durante el primer año de la vida del hombre se está jugando su futuro. La afectividad es una dimensión fundamental en la vida toda del hombre, pero mucho más en la del niño. La privación de una relación afectiva positiva con

los padres (aquí quedan inscritos los padres agresivos, dictatoriales, abandonistas...) entorpece el desarrollo armónico de la personalidad y la inteligencia. Se oye ahora hablar a todo el mundo de traumas. El trauma es un violento choque afectivo que padecen los sujetos y que repercute en todo su ser. Las circunstancias especialmente traumatizantes de la sociedad actual explican el gran número de seres humanos que hoy viven angustiados, sin plenitud humana.

Este tipo de evidencias ha sido dado por la Biología y de ella se ha beneficiado la educación global del hombre. Y parece que hoy la escuela va por delante en la familia en la incorporación de los descubrimientos de la Psicología. Para ser profesor se exige a los candidatos unos saberes psicológicos. Para ser padres, no. Y eso es grave, pues en ningún momento de su historia ha necesitado el niño más ayuda que ahora, en que le toca vivir un mundo tremendamente problemático y cambiante. La sociedad haría muy bien en promover programas comunitarios para la incorporación de los padres y adultos a las tareas de formación de la juventud y la niñez. Y también lo haría muy bien si incorporara activamente a los profesionales de la psicología.



Jesús Pérez González

